

DEUTERONOMIO

Lección 13 - Capítulos 10 y 11

La semana pasada terminamos en medio de nuestro estudio de Deuteronomio 10 discutiendo esta retórica, pero poderosa pregunta hecha por Moisés mientras estaba en la cima de una colina en Moab dirigiéndose al pueblo elegido: "Y, ahora, oh, Israel, ¿qué demanda de ti YHWH tu Dios?".

Y Moisés responde a su propia pregunta con esta instrucción: Los redimidos de Dios deben reverenciar a Y H W H, andar en Sus caminos, amarlo, servirlo y obedecer (o guardar) Sus leyes y mandamientos. Venerar, caminar, amar, servir y obedecer. Y entonces le hice una pregunta retórica (y créame, esta es una pregunta FUERTE): ¿desea usted solamente que se le conceda su salvación y luego flotar por el resto de su vida, despreocupado, hecho con las cosas de Dios creyendo que sus pecados están cubiertos de todos modos así que por qué preocuparse?

Es decir, ¿crees verdaderamente que una vez que confías en Yeshua nuestro Mesías que no tienes absolutamente ninguna otra obligación con Él y que no habrá consecuencias por tus decisiones y acciones (o inacciones)? ¿Has decidido que puedes separar completamente tu conocimiento de lo que Él ha hecho por ti de tu adoración a Él y de la manera en que vives el resto de tu vida? Permítanme decir sin vacilación o duda: esa implicación precisa está muy extendida dentro de la iglesia moderna (especialmente evangélica moderna) e incluso pone en duda si cualquier forma de obediencia de los creyentes a la palabra escrita es en realidad legalismo, y por lo tanto algo malo.

Y yo hablo, hoy, en firme oposición a tal doctrina impía cuya base no es más que un deseo de distanciar a la iglesia gentil de la Torá hebrea y hacer que la vida de un cristiano parezca como si desde el momento de nuestra Salvación, hubiéramos ganado el derecho a retirarnos del deber de hacer algo más que meramente existir mientras esperamos el cielo. Moisés dice: "redimidos de Israel, tenéis cosas que hacer". Moderno El cristianismo dice: 'redimidos de Cristo, renuncien ahora y ahorren energía'.

Discutimos esto bastante a fondo la última vez, así que no lo repetiremos; pero puedes estar seguro de que no descansaré hasta que haya hecho todo lo posible para persuadirte de que SÍ tienes obligaciones con el Señor y que simplemente sentir amor hacia Él no será suficiente como respuesta apropiada a Su incomparable regalo de redención. Se ha convertido en una doctrina bastante estándar en algunas denominaciones que Dios busca de nosotros sólo un sentimiento de amor en nuestros corazones y que hacer mucho de cualquier cosa que no sea disfrutar de nosotros mismos en compañía de otros cristianos, y tal vez asistir a un servicio de adoración de vez en cuando, es en realidad un negativo.

Les recuerdo: aquí en Deuteronomio Dios está dando todas estas instrucciones a un pueblo que Él ya redimió. Y este es el patrón de Dios que naturalmente fluye a través de nuestra era como lo hacen todos Sus patrones. PRIMERO somos redimidos, y sólo DESPUÉS nos da Sus mandamientos e instrucciones.

Sus mandamientos y las instrucciones NO son para aquellos que aún no han sido redimidos (salvados en la jerga cristiana). De nuevo: Sus mandamientos e instrucciones (lo que la iglesia llama burlescamente "la Ley") no son para el propósito de la redención. La redención es un don gratuito, dado a quien Dios decida darlo; y SIEMPRE ha sido un don gratuito, incluso en tiempos de Moisés. Las leyes de Dios tienen el propósito de instruir a las personas redimidas sobre CÓMO vivir la vida redimida.

Además, el Señor exige que haya una manera de que se le demuestre amor. Una de las preguntas estándar que un consejero matrimonial le hará a un esposo y a una esposa es: ¿cómo quieren que se les demuestre amor? La mayoría de los hombres luchan con esa pregunta (a menudo ni siquiera entienden lo que significa), pero la mayoría de las mujeres tienen instantáneamente una respuesta. Y los consejeros matrimoniales que conozco dicen que uno de los principales problemas del matrimonio es que uno de los cónyuges no está dispuesto a mostrar amor a su pareja de un modo que ésta pueda reconocer y aceptar como amor genuino.

La Biblia nos da una generalización sobre esta cuestión del amor dentro del matrimonio humano: dice que las mujeres deben respetar a sus maridos, y los maridos deben mostrar amor a sus esposas. La Palabra de Dios explica que una esposa que se somete a su marido es la forma en que le muestra respeto, que es lo que equivale a amor para un hombre. Alternativamente, un esposo muestra a su esposa el amor que ella busca poniéndola por encima de sí mismo, demostrando que daría su propia vida para proteger la de ella si fuera necesario, y siendo amable y gentil y consciente de sus necesidades y preocupaciones. Por supuesto, esto es una generalidad, pero creo que no he encontrado ningún matrimonio que no esté de acuerdo con esta premisa básica.

Por supuesto, como individuos, cada uno tiene cosas específicas que nos indican "amor". Para las mujeres, a menudo se trata simplemente de que su marido les diga "te quiero", verbalmente, con bastante regularidad. Para otras puede ser un recuerdo sorpresa, como un ramo de flores y un regalo inesperado. Para un hombre, puede ser que su mujer le prepare comidas que sabe que son sus favoritas; o que haga un buen trabajo criando a sus hijos y cuidando de su hogar; o que le pida regularmente consejo (o incluso permiso) en asuntos que ni siquiera él cree necesariamente que deba ser quien decida.

Pero aquí está la cosa: para la mujer que anhela oír "te quiero", pero tiene un marido que simplemente no puede o no quiere decirlo, no está siendo amada de una manera que ella entienda como amor. Y aunque eso no significa que el matrimonio vaya a fracasar, la relación tampoco será tan satisfactoria como podría ser o como se pretende que sea. Lo mismo ocurre en nuestra relación con Dios. Él nos ha dicho inequívocamente en términos muy claros CÓMO quiere que le mostremos amor.

Dice que para Él el amor comienza con la obediencia a sus leyes y mandamientos. Él dice que reverenciarlo, y caminar en los caminos que Él ha ordenado, y servirlo fielmente, y obedecerlo le muestra que lo amamos en la manera que Él quiere ser amado. ¿Podemos NO reverenciarlo, NO caminar en Sus caminos, NO servirlo, ¿y NO ser obedientes a Él y aún amarlo hasta cierto punto? Tal vez desde NUESTRO lado de la ecuación, pero no desde el Suyo. ¿Qué tipo de relación dice que tenemos con el Señor si estamos insistiendo en que lo amamos, pero Él dice ¿No?

Volvamos a leer los últimos versículos del capítulo 10 de Deuteronomio.

VOLVER A LEER DEUTERONOMIO 10:12 – HASTA EL FINAL

Después de explicar lo que Dios exige de su pueblo redimido, en el versículo 16 se hace una extraña afirmación que encontraremos repetida a intervalos regulares en el resto del Antiguo Testamento y en varios lugares clave del Nuevo. El Señor quiere corazones circuncidados más que prepucios circuncidados. Recuerde: tache la palabra "corazón" (debido a lo que "corazón" significa en nuestra jerga del siglo XXI y en su lugar inserte la palabra "mente" porque eso es lo que "corazón" significaba para la gente de la era bíblica. Así que esto quiere decir "circuncidar nuestra voluntad, pensamientos y procesos mentales".

La ilustración es que circuncidar el prepucio de tu corazón significa quitar la cubierta protectora (incluso impenetrable) sobre tu mente y decisiones que impide que Dios entre. Significa dejar de ser testarudo y bloquear así la Palabra de Dios para que no eche raíces en tus pensamientos. Pero también es un dualismo; es decir, además de lo que acabo de explicar que ilustra, también está explicando que mientras que la circuncisión de la carne es el signo ordenado por Dios de la alianza abrahámica que deben llevar todos los varones hebreos, un corazón circuncidado (una mente circuncidada) debe ser el compañero espiritual interior de esa operación carnal exterior. Pablo dice lo mismo unos 1400 años después de que Moisés lo dijera por primera vez.

De hecho, Pablo dice que una circuncisión carnal SIN el acompañante cambio de mente que nos mueve hacia la armonía con Dios es eternamente inútil. Además, que, desde el advenimiento del Mesías, uno no NECESITA una circuncisión carnal para demostrar o lograr una circuncisión del corazón. Por lo tanto, en el típico estilo hebreo, se escribe un pareado literario porque las siguientes palabras son "así que no seáis un pueblo de dura cerviz". Testarudo significa simplemente testarudo e insensible. Es decir, Moisés le está diciendo a Israel que al permitir que tu corazón sea circuncidado por el Espíritu Santo ya no serás una persona testaruda. Por lo tanto, pueblo de Dios, NO seas una nación de gente terca porque has rechazado la circuncisión de tu mente por el Señor.

Necesito que escuches esto, por favor: tu fe en Cristo no equivale necesariamente a un corazón circuncidado. Tu redención (lo que significa que tienes fe en que Yeshua murió por tus pecados) no significa que tengas el cambio de mente que sólo puede venir por medio de un acto de Dios, a través del Espíritu Santo, haciendo que tu mente responda a Él. Escucha este pasaje del Libro de los Hechos:

(CJB) Hechos 8:14 Cuando los emisarios en Yerushalayim oyeron que Shomron había recibido la Palabra de Dios, les enviaron a Kefa y Yochanan, 15 quienes bajaron y oraron por ellos, para que recibieran el Ruach HaKodesh. 16 pues hasta entonces no había venido sobre ninguno de ellos; sólo habían sido sumergidos en el nombre del Señor Yeshúa. 17 entonces, cuando Kefa y Yochanan pusieron sus manos sobre ellos, recibieron el Ruach HaKodesh.

Los israelitas eran un pueblo redimido en el instante de la Pascua en Egipto. PERO no habían recibido las leyes y mandamientos de Dios y todavía no tenían corazones circuncidados que hicieran que sus mentes respondieran a él. Por lo tanto, cometieron grandes pecados en el

desierto, muriendo miles de ellos y Dios determinando más de una vez exterminarlos a todos (salvados sólo por el arbitraje de Moisés en su nombre con Dios). Como Creyentes somos redimidos en el momento en que tenemos la más simple fe en que Jesús es el Señor. Sin embargo, al igual que los israelitas necesitaban mentes circuncidadas por un acto de Dios (para que fueran capaces de ser obedientes a Él), nosotros también.

Moisés continúa con su argumento de por qué Israel debe ser obediente y prestar atención a Yehoveh y es que Dios es el más grande de todos los seres. El usa palabras que eran bien entendidas para ese tiempo: Señor de Señores, Dios de dioses. Este lenguaje suena como un reconocimiento de múltiples dioses (con un dios, Y H W H, más alto que los otros dioses) aunque en realidad es una declaración de monoteísmo.

Pero el lenguaje común de la época, dentro de la comprensión común de la época, es lo que se necesita y se utiliza para transmitir una idea, y ese es el sentido que tiene aquí. Pero Yehoveh es un Dios muy singular que no acepta sobornos (habitual en aquellos tiempos), y su justicia insiste en que las viudas y los huérfanos israelitas sean atendidos con ternura por la sociedad israelita. Más aún, Dios ama a los que ni siquiera forman parte de Israel; y por eso al forastero, al extranjero residente que vive entre Israel (el ger en hebreo), también hay que proporcionarle comida y ropa si no tiene medios para obtenerla debido a la pobreza o a las circunstancias.

Puesto que Dios no hace acepción de personas (no le impresionan los aristócratas), quiere la misma justicia para todos. Por lo tanto, como representantes terrenales del Señor, Israel debe amar a los ger para mostrarles que el Dios de Israel ama a los ger .

Todo esto debería sonarnos bastante familiar ya que estos son (por supuesto) exactamente los mismos principios que Jesús enseñó. Y también explica por qué el Señor hizo un camino para que los no hebreos (gentiles) fueran redimidos; Él ama a toda la humanidad, no sólo a los nacidos en una determinada tribu o nación. Sin embargo, es SOLO por medio de pactos divinos hechos con un pueblo determinado (el pueblo engendrado por Jacob) que los extranjeros pueden ser redimidos; ellos (nosotros) no tenemos un pacto gentil separado o un Mesías europeo propio aparte del de Israel. Pasemos al capítulo 11.

Hasta ahora, el sermón de Moisés en el Deuteronomio ha versado sobre los principios divinos generales y subyacentes (fundamentales) de la Ley, más que sobre ordenanzas específicas. Ha repasado la historia de Israel, la bondadosa elección de Dios como pueblo apartado, lo que les sucedió en el desierto y cómo el Señor cuidó de ellos, y cuál debería ser su actitud...sobre la proposición que se les ha hecho. Es decir, Yehoveh le ha hecho a Israel una oferta que Israel ciertamente puede rechazar.

Él ha ofrecido ser su Dios, y a cambio ellos serán Su pueblo. Ha ofrecido establecer una relación y unión especial y única con Israel, pero sólo si ellos lo desean. Y la manera en que ellos deben mostrarle a Dios que realmente lo quieren es ratificando este nuevo pacto que se ha hecho en el Monte Sinaí a) aceptándolo corporativamente, y b) siguiendo diligentemente sus términos.

Miren, a veces pasamos por alto un punto bastante significativo sobre la aceptación de Israel de este Pacto de Moisés; NO es que si Israel lo acepta recibe las bendiciones de ese pacto, y si lo

rechaza recibe las maldiciones contenidas en el pacto. Es que, Si eligen NO aceptar el pacto, si eligen rechazar la oferta de amistad con Dios, entonces que así sea; Israel simplemente es arrojado de vuelta al grupo genérico de naciones que forman todos los pueblos de la tierra (el grupo del que fueron tomados en primer lugar), y no serán vistos como mejores o peores o diferentes que cualquiera de los demás.

Ellos no serán elegibles para bendiciones especiales contenidas en la Ley, ni serán sujetos a maldiciones especiales de la Ley más que cualquier otro de los millones de personas en el planeta Tierra. El trato es que, si aceptan el pacto, si ENTRAN en una relación especial de pacto con Yehoveh, ENTONCES estarán sujetos a sus bendiciones y a sus maldiciones. Las bendiciones vienen de seguir los términos del pacto (seguir sus leyes) y las maldiciones vienen de violar los términos del pacto (romper sus leyes). Sin embargo, estas bendiciones Y maldiciones sólo se aplican a aquellos con quienes Dios ha hecho el pacto; no es para los demás. La aceptación de Israel del Pacto en el Monte Sinaí no pone a la Mesopotamia pagana y gentil bajo las maldiciones de la Ley, por ejemplo.

Te digo esto por dos razones 1) porque es un concepto erróneo común que aquellos que NO están bajo el pacto por lo tanto sufren las maldiciones de la Ley y aquellos que ESTÁN bajo el pacto automáticamente reciben las bendiciones de la Ley y 2) porque esto ayuda a cimentar más la razón por la que Pablo fue tan lejos (particularmente en su carta a la Iglesia de Roma) para explicar que los gentiles son injertados EN Israel (significando en los pactos de Israel con Dios) cuando vienen a la fe en Yeshua. Si no fuimos injertados en los pactos de Israel, entonces no tenemos derecho a participar de sus términos. Pero los cristianos gentiles recuerden esto: el pacto TIENE términos. Y cuando tú y yo aceptamos a Jesús, aceptamos TODOS los términos del Pacto, no sólo aquellos que preferimos.

Recordemos que la semana pasada leímos ese capítulo fundamental en Jeremías 31 donde se explica que el Señor va a crear un Nuevo Pacto (este es uno que más tarde se llamará el Nuevo Pacto bajo Cristo); PERO recordemos con quién se estaba creando el pacto y entre: (NAS) Jeremías 31:31 "He aquí que vienen días -declara Yahveh- en que haré una nueva alianza con la casa de Israel y con la casa de Judá,

Entre el Señor y la Casa de Judá y la Casa de Israel iba a haber un nuevo pacto; en esencia entre exactamente las mismas personas que el Pacto de Moisés se ha establecido. Por lo tanto, el asunto para los gentiles es como obtener acceso a las maravillosas bendiciones de esa provisión que los cristianos llaman "El Nuevo Pacto" que pertenece exclusivamente a Israel y a todos los que se unirían a Israel. Y la respuesta a esa cuestión es que la fe en el Mesías judío, Yeshua de Nazaret, nos trae al redil. Ese es el único boleto de entrada permitido y necesario para unirse a la redención provista por los pactos de Israel.

El versículo 1 del capítulo 11 se abre con la regla fundamental básica para Israel que TAMBIÉN es la actitud con la que Israel debe entrar en la relación de alianza con Dios: ¡AMARLO! Nótese que inmediatamente después de decir "ámalo", se establece lo que eso significa: obedecer siempre Sus leyes, reglas y mandamientos.

Ahora bien, hay un cambio sutil pero importante en la cuestión que se trata en Deuteronomio 11 frente al capítulo 10. En el capítulo 10, la cuestión es la aceptación o el rechazo de la relación de alianza con Dios. En el capítulo 10, la cuestión es la aceptación o el rechazo de la relación de alianza con Dios; ¿elige Israel entrar en la alianza que se le ofrece o no? En el capítulo 11, la cuestión es que una vez que se acepta la alianza, la siguiente decisión para Israel (tanto a nivel colectivo como individual) es la obediencia o la desobediencia a los términos de la alianza y cuáles son las consecuencias para ambos.

Quiero que esa diferencia quede bien grabada en sus mentes, así que permítanme ilustrarlo. Si quieres comprar una casa y encuentras una que te gusta, se redacta un contrato. Usted examina ese contrato, ve cuáles son las cláusulas y condiciones que exige el vendedor y decide si quiere firmarlo o no. Si decide "no", no gana ni pierde nada, salvo un poco de tiempo. No tienes ninguna obligación ni hay penalizaciones en ese momento porque nunca hubo un trato acordado.

Esa es la situación con Israel hasta el capítulo 10 de Deuteronomio; el contrato (el Pacto Mosaico) con todos sus términos (las bendiciones y las maldiciones) ha sido presentado a Israel por Dios a través de Moisés, y ahora depende de Israel entrar en el contrato propuesto o no. Si deciden "no" entonces no hay nada ganado, pero tampoco hay una penalidad inherente que conozcamos.

Volviendo a la analogía de la casa: si decides aceptar las condiciones de ese contrato y firmas los papeles (lo que indica que aceptas libremente sus condiciones), todo cambia. Si cumples las condiciones, disfrutarás de esa casa que te proporcionará seguridad y cobijo; pero si incumples las condiciones del contrato, perderás la casa y, además, a menudo te impondrán duras sanciones. Eso es lo que hace Israel en el Capítulo 11; se supone que ellos HAN aceptado los términos del Pacto Mosaico, ellos han entrado en el contrato con Dios, y entonces ahora lo que se está contemplando es cuáles serán los resultados por seguir con el trato, así como las penalidades por violar sus términos.

En los versículos 2 - 7 Moisés explica que no está pidiendo a Israel que asuma por mera fe las experiencias de otra generación, sino que muchos de ellos han sido personalmente testigos de lo que está recordando de su historia. Ciertamente muchos hebreos que ahora tienen alrededor de 60 años han visto incluso lo que pasó en Egipto porque ellos habrían tenido alrededor de 20 años cuando salieron de Egipto; y esto es porque (generalmente hablando) aunque toda la primera generación del Éxodo tuvo que morir antes de que Dios les permitiera entrar en la Tierra Prometida, los afectados tenían 20 años o más en el momento de la Pascua egipcia; era ese grupo de edad (20 años o más) el que se consideraba la edad de responsabilidad personal.

Así que, como se puede imaginar, todo lo que sucedió en Egipto y luego en los 40 años de peregrinación por el desierto era bastante vívido y real en las mentes de los que tenían más de 50 años. No todos los que estaban delante de Moisés experimentaron personalmente todo lo que Moisés estaba hablando; la mayoría de los que están vivos en este momento nacieron durante este arduo viaje. Sin embargo, un gran número de hebreos experimentaron al menos algo de ello, por lo que no tenían ninguna razón para dudar de Moisés o negar lo que habían visto personalmente.

Por lo tanto, dice Moisés en el versículo 8, si quieres experimentar las bendiciones de lo que el Señor tiene esperándote en Canaán entonces obedece los mandamientos de Dios. En resumen: el hecho de haber nacido como hebreos no es suficiente para ser bendecidos con las bondades de la tierra, sino que también debéis ser obedientes a la alianza que acabáis de aceptar. La obediencia era la clave de todo lo que le esperaba a Israel.

Los versículos siguientes parecen sencillos, pero contienen algunas ideas interesantes que pueden aumentar su impacto. Se comparan y contrastan la tierra de Egipto y la tierra de Canaán, y Moisés dice que Canaán no se parece en nada a Egipto porque en Egipto había que trabajar para conseguir agua para los campos. Pero en Canaán Dios regaría tus campos por ti.

Egipto era una tierra relativamente llana, pero Canaán es generalmente montañosa, con los consiguientes valles. Egipto era como cualquier otra tierra de la tierra en el sentido de que se convertía en lo que sus habitantes hacían de ella; pero Canaán, dice el Señor en el versículo 12, Él la cuida y la atiende. Permítanme compartir con ustedes algo que puede ser un poco difícil de entender; en el versículo 10 la CJB dice que "allí (Egipto) sembrabas tu semilla y tenías que usar tus pies para operar su sistema de irrigación...".

Esta traducción al inglés, bastante estándar, es lo que se denomina una traducción dinámica, y probablemente sea una buena traducción, porque lo que se describe aquí es, en efecto, el sistema de irrigación artificial, tan vital para la agricultura egipcia; se construyó un sistema de canales, embalses y acequias para regar los campos utilizando el agua del Nilo (esencialmente la única fuente sustancial de agua de Egipto).

Para hacer funcionar el sistema de regadío se utilizaban pies humanos en diversos tipos de operaciones. En algunos casos utilizaban una especie de noria, que solía ser de tracción humana. También utilizaban un Shaduf, que era básicamente un cubo atado a una cuerda con un extremo atado a una palanca. Una persona sumergía el cubo en un depósito de agua y, haciendo palanca, levantaba el cubo lleno y lo vertía en un canal de riego. Esto suponía mucho trabajo, ya que se calcula que durante los aproximadamente 100 días que duraba la temporada de cultivo en Egipto se necesitaban 1.000 toneladas de agua POR HORA para garantizar una cosecha adecuada.

El sistema ideado por Egipto era asombroso: utilizaban decenas de miles de shadufs, cientos de norias y otros métodos ingeniosos para llevar el agua a los canales y a los campos. Ahora bien, no hay que confundir este proceso con el desbordamiento natural del Nilo durante la estación de las inundaciones, que no regaba tanto la tierra como proporcionaba los ricos nutrientes necesarios contenidos en el limo para fertilizar los campos antes de que fueran plantados.

También hay que tener en cuenta que Egipto era en su mayor parte un desierto; prácticamente no llovía. Las aguas del Nilo procedían de las profundidades de otra zona de África, río arriba, del deshielo de las montañas. Egipto simplemente se beneficiaba del caudal del río. Así que, con todo esto como telón de fondo, es fácil imaginar lo orgulloso que se sentía Egipto de haber desarrollado esta elaborada infraestructura de irrigación y cómo se sentían dependientes únicamente de sus propios esfuerzos para cultivar.

Esa situación se invertiría en Canaán. En Canaán, el Señor dice que no necesitarán sistemas de riego accionados por el hombre. En su lugar, Él traería lluvia del cielo sobre sus cultivos. Y para esto todo lo que tenían que hacer era esperar y ser obedientes y mantener, sus corazones (sus mentes) firmemente puestos en Él. Las lluvias serían suficientes para proveer grano para la gente, uvas de las vides, fruta de los árboles y pasto para los rebaños. Y no tendrían que trabajar para tenerlo.

Sin embargo, advierte Moisés, no caigan presa de sus propias inclinaciones humanas alabando las lluvias y las buenas cosechas y la facilidad con que se producen a uno de los dioses cananeos. Y, por supuesto, eso es exactamente lo que harían finalmente los israelitas. Pero la tentación de desviar su gratitud habría sido grande porque iban a vivir entre un pueblo que hacía mucho tiempo había desbrozado la tierra y añadido fertilizantes y hecho cercas de piedra tanto para encerrar a los animales como para mantenerlos alejados de las cosechas.

Era una tarea difícil NO ofrecer sacrificios a los dioses de estos pueblos, aunque sólo fuera tratando de ser tolerantes para mantener la paz. Y Dios dice que, Si sucumben a este mal, ENTONCES Él suspenderá la lluvia y la tierra se endurecerá e Israel sufrirá y quizás no sobreviva.

Por lo tanto, aconseja Moisés en los versículos 18-21, emplee los diversos recordatorios visuales ordenados por Dios para mantenerse fiel a Yehoveh. Y entre estos recordatorios están los Tefilín, la Mezuzah, la presencia del Sacerdocio y el Tabernáculo, y la constante enseñanza de las leyes de Dios a los hijos. Y si Israel hace esto, entonces poseerá la tierra para siempre. El primer paso para que Israel posea la tierra es que Canaán sea vaciada de sus residentes actuales; y el Señor dice que, si Israel demuestra amor hacia Dios en forma de obediencia, entonces el Señor mismo expulsará a esos cananeos y permitirá que Israel tenga éxito.

Por lo tanto, la promesa de la victoria sobre Canaán está totalmente condicionada a que Israel cumpla con los términos del Pacto Mosaico (los términos contenidos en lo que normalmente llamamos La Ley).

La extensión de las tierras que Israel recibiría se describe ahora en el versículo 24 y sólo en tiempos del rey David poseyó Israel algo parecido a esta amplia extensión de territorio. En esencia, este es el ideal celestial para la masa de tierra reservada para la posesión de Israel; pero como el trato era condicional y los hebreos empezaron a romper los términos del pacto casi inmediatamente después de cruzar el río Jordán, la pena (la maldición) fue que Dios no expulsó a todos los pueblos que ocupaban Canaán y, por tanto, Israel nunca obtuvo todo lo que se le había reservado.

Así que antes de entrar en el capítulo 12 (que empieza a enumerar las leyes y reglas individuales y lo que significan) desde el versículo 26 hasta el final de este capítulo habla del momento de la decisión para Israel. Ahora bien, la decisión de ACEPTAR el pacto está tomada de antemano; lo que se quiere decir aquí con maldición y bendición es que el pacto que han aceptado contiene ambas cosas y, por lo tanto, Israel debe decidir si se atiene a lo que ha acordado o experimenta la severidad de Dios. Y lo primero que Dios prohíbe a Israel es inclinarse ante los dioses de los cananeos.

Sin embargo, en los versículos 29-30 se habla de una agenda diferente. Una vez que entran en la tierra (con Josué a la cabeza) deben celebrar una ceremonia para reafirmar el pacto mosaico que habían acordado un año después de salir de Egipto. Ahora, en el capítulo 27 del Deuteronomio, este tema se trata con más detalle y, de hecho, en el libro de Josué 8:35 encontramos que la ceremonia de reafirmación tiene lugar realmente.

¿Por qué era necesaria esta renovación (o reafirmación)? Es interesante que esta será la 3^{ra} vez que el Pacto de Moisés ha sido ratificado. La primera vez fue en el Monte Sinaí, la segunda es lo que acabamos de cubrir en el último par de capítulos de Deuteronomio en la tierra de Moab, y la TERCERA vez será después de que Israel haya entrado en la Tierra Prometida. Al menos una teoría sobre esta serie de reafirmaciones es que era habitual en la mayoría de los pactos y tratados de aquella época.

Cuando moría el líder con el que se había hecho el tratado, el nuevo líder tenía que revalidar el pacto y esto se lograba con una ceremonia. Moisés murió después del segundo acuerdo para afirmar el pacto y entonces con Josué como nuevo líder de Israel se requirió la afirmación de 3^{ra} (al menos a los ojos de estos pueblos del Medio Oriente de esa época).

Pero (de nuevo, a los ojos del pueblo) probablemente también tenía que ver con dejar atrás la autoridad espiritual de un territorio y entrar en la esfera de influencia espiritual de otro. Es decir, cuando Israel dejó el monte Sinaí (la morada de Yehoveh) y entró en Moab (donde otro dios era que se pensaba que gobernaba) habría sido costumbre reafirmar un tratado con la autoridad espiritual sobre esa tierra. Recordemos que los antiguos creían que varios dioses controlaban distintas parcelas de tierra.

Así que como era una necesidad básica de todos los tratados que se hiciera un voto, y que un voto por definición significaba invocar el nombre de un dios, y el nombre del dios invocado tenía que ser el que estaba a cargo del territorio donde se hizo el tratado. Si uno estaba en Egipto, entonces se invocaría al dios de Egipto; pero si uno estaba en Moab, necesariamente se tendría que invocar a un dios diferente. Al reafirmar el Pacto Mosaico en la tierra de Moab el nombre de la autoridad de Yehoveh estaba siendo unido a ese territorio. Al reafirmar el pacto una vez más en Canaán, la autoridad de Yehoveh se extendía a ese territorio.

Es interesante también que el lugar donde esta ceremonia de reafirmación del pacto iba a tener lugar finalmente estuviera definido: el monte Gerizim y el monte Ebal. El camino a Siquem corta entre ellos con Gerizim al sur del camino y Ebal al norte. Ahora lo que es interesante es que es en el Monte Gerizim donde las bendiciones de la Torah deben ser proclamadas; pero en el Monte Ebal las maldiciones de la Torah deben ser proclamadas. Lo creas o no, hay una lógica y un patrón detrás de esta elección.

Recordemos nuestro estudio del significado espiritual de la dirección este. También recordemos en nuestro estudio cómo el campamento de Israel fue ordenado de tal manera que a ciertos grupos se les asignaron lugares permanentes para acampar de acuerdo con las 4 direcciones principales de la brújula. El este es siempre preeminente. Así que cuando uno mira hacia el este, ¿qué dirección está a su derecha? Sur.

Cuando uno miraba hacia el este, el monte Gerizim estaba a la derecha, al sur. Puesto que el lado derecho es el más poderoso y el más regio, al Monte Gerizim se le dio el privilegio de que se leyera desde él las bendiciones del pacto. Como uno mira hacia el este, entonces a la izquierda está el norte; y al norte estaba el monte Ebal. La izquierda no es necesariamente una dirección maldita, simplemente no es tan buena o poderosa como la derecha. Así que las maldiciones de la Ley eran pronunciadas desde el Monte Ebal que estaba al lado izquierdo, el norte.

Por cierto: estas dos montañas, el mismo lugar donde se reafirmó el pacto de Moisés, se encuentran ahora en lo que el mundo llama "territorio en disputa": la llamada Cisjordania.

La próxima semana comenzaremos el capítulo 12 del Deuteronomio.